

# Campesinistas y descampesinistas

## Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado

ERNEST FEDER

### Primera parte\*

I

Es conveniente hacer algunos comentarios preliminares, antes de entrar al tema principal de este artículo: la evaluación de la acalorada discusión actual en México sobre la permanencia de los campesinos o su eventual desaparición.

En primer lugar quiero llamar la atención sobre el hecho, a la vez feliz y trágico, de que México es prácticamente el único país de América Latina en el cual todavía puede analizarse abiertamente el maligno proceso de la nueva y gigantesca expansión de la agricultura capitalista, bajo el control del capital y la tecnología extranjeros (principalmente estadounidenses), manipulado por enormes agroindustrias transnacionales (*agribusiness*). Más adelante comentaré algunos aspectos de este proceso maligno. En la mayoría de los países de América Latina, los gobiernos están vendiendo (léase *entregando*) sus recursos agrícolas a los mejores postores, los países industrializados. Estas transacciones y su efecto en la economía nacional (especialmente en la población rural) se conservan como secretos casi militares, sólo conocidos por esos gobiernos, por un puñado de gigantescas empresas agroindustrias extranjeras y, a veces, por alguna empresa local. Sus ope-

raciones son un tema prohibido. El medioevo ha descendido sobre el escenario agrícola de América Latina.<sup>1</sup>

Por esta razón las alentadoras discusiones públicas que tienen lugar en México sobre los problemas rurales de América Latina adquieren una importancia realmente transnacional. En este país, el capital y la tecnología extranjeros han penetrado tan profundamente en tantos sectores, los controlan con tanta eficacia y su efecto es tan visible en todos los campos, que la comprensión del modelo mexicano *made in USA* es fundamental para ilustrarnos sobre el

1. En el informe anual de 1975 del Banco Interamericano de Desarrollo, *Economic and Social Progress in Latin America*, encontramos (p. 117 y ss.) un caso típico de mixtificación de este tema. Cuando se examinan "las bases estadísticas" de las tendencias del desarrollo social, se afirma que "los grandes requerimientos de estadísticas confiables han provocado cambios verdaderamente revolucionarios en América Latina, en cuanto se refiere a la cantidad de información útil disponible hoy en día". Esto es incorrecto. El Banco alude, evidentemente, a las estadísticas pertinentes para sus operaciones financieras (crediticias), y no a las relativas a tendencias sociales (que es el tema de su informe anual), en las que la cantidad tiene menos importancia que la calidad. La verdad es que, desde México hasta la Tierra del Fuego, se sabe muy bien que las estadísticas sociales equivalen a dinamita política, y por eso se las maneja como secretos militares. La información de la que se dispone hoy en día sobre los procesos sociales en la agricultura latinoamericana es mucho más deficiente que la que existía en el decenio pasado, porque muchos países simplemente no publican los datos, aun cuando los tengan.

\* Traducción del inglés de Rubén Svirsky. La extensión del trabajo impide su publicación íntegra en este número. La segunda parte aparecerá en el correspondiente a enero de 1978. N. de la R.

destino de otras agriculturas subdesarrolladas y sobre los problemas insolubles que generan las grandes empresas agroindustriales extranjeras que actúan hoy día en América Latina saqueando sus recursos, o que planean penetrar en esa región.

En segundo lugar, los recursos latinoamericanos —tierra, agua, bosques y, sobre todo, la fuerza de trabajo rural— siempre han ido (y continúan siendo) subutilizados o empleados con ineficacia y a menudo ni siquiera se utilizan.<sup>2</sup> Por un lado, el mal uso de los recursos humanos y físicos es consecuencia de un sistema de tenencia de la tierra cuyos pilares fundamentales son la propiedad y el control privados de la tierra, el agua, el trabajo y otros insumos, sistema que, ante la ausencia generalizada de normas que lo regulen, conduce necesariamente a una concentración siempre creciente de la propiedad, la producción y el ingreso. Por otro lado, esa mala utilización se debe al funcionamiento del “sistema de mercado” capitalista, que manipula la distribución de los insumos agrícolas para privilegiar a los grandes terratenientes y productores a expensas de los minifundistas, así como para favorecer la producción de bienes que ocasionan abultadas utilidades a los grandes productores y comerciantes sin tomar en cuenta las necesidades nacionales o mundiales de alimentos y fibras. En este sistema, la distribución de los productos se lleva a cabo según la “demanda efectiva”, que depende del poder adquisitivo de los distintos grupos que integran las economías nacionales o extranjeras.<sup>3</sup> Un corolario evidente de este fenómeno de uso inadecuado es la abundancia y, en muchos casos, la superabundancia de recursos en relación con las necesidades, según la tasa media de tecnología disponible para la producción y la distribución. Podemos afirmar que la insatisfacción de las necesidades básicas es evidente en medio de la abundancia.

México es un caso ejemplar. Aun sin considerar que las estadísticas disponibles no toman en cuenta una gran proporción de la tierra cultivable —hay quienes creen que esa proporción podría llegar a 30%— y a pesar de la generalizada opinión de que México sufre insuperables obstáculos ecológicos para aumentar su producción, quien viaje mucho por el país no puede sino impresionarse por la extraordinaria capacidad potencial de los recursos mexicanos, capacidad desaprovechada que no sólo convierte en un mito la inhospitalidad ecológica de México sino que, lo que es más importante, pone de relieve lo absurdo de la actual necesidad de importar grandes y crecientes cantidades de alimentos básicos, provocada por el sistema económico, social y político existente.<sup>4</sup> Otro corolario de estos fenómenos es que el nivel

y la calidad de la utilización de los recursos físicos son dos de los determinantes principales de la existencia de oportunidades de trabajo en la agricultura, así como de la creación de nuevos empleos (los otros determinantes fundamentales son la cantidad y el tipo de tecnologías modernas que se utilizan); en otras palabras, ellos determinan directamente la suerte del proletariado rural, de los minifundistas y de los campesinos sin tierra (en la segunda parte de este trabajo analizaremos cómo las operaciones de las agroindustrias transnacionales afectan la situación ocupacional mediante sus transferencias de capital y tecnología). Por último, debe tomarse conciencia de que el fracaso tradicional de los latifundistas latinoamericanos (incluidos los mexicanos) que monopolizan el grueso de los recursos agrícolas, en cuanto a explotar de un modo más satisfactorio los recursos disponibles, ha resultado una *invitación* directa a los capitalistas extranjeros —inversionistas individuales y empresas transnacionales— para que expandan sus operaciones agrícolas en el exterior, una vez que se convencieron de que ello les resultaba económica y políticamente conveniente. Esta decisión se adoptó a mediados del decenio de los sesenta, excepto en el caso de México, donde el capital y la tecnología estadounidense comenzaron su invasión en gran escala ya en la década de los cincuenta.<sup>5</sup> El rasgo característico de estas nuevas y enormes inversiones foráneas es que abarcan todos los sectores agrícolas, desde los que producen alimentos básicos comunes y ganado o productos ganaderos, hasta los cultivos tropicales y subtropicales, tradicionalmente controlados por extranjeros.

En tercer lugar, conviene aclarar brevemente el significado del término *campesinos*. El proletariado rural se compone de dos grupos principales, que a menudo resultan difíciles de distinguir con nitidez debido al fenómeno corriente de la *polivalencia* de la mano de obra. Esto significa que muchos trabajadores rurales pueden pertenecer simultáneamente a ambas categorías, debido a la necesidad suprema de obtener un ingreso de subsistencia que un solo empleo no alcanza a proporcionar. Estos dos grupos son los minifundistas y los asalariados rurales sin tierra (llamados por algunos científicos sociales el proletariado rural propiamente dicho).<sup>6</sup> Los minifundistas, o campesinos en sentido estricto, pueden ser pequeños propietarios, arrendatarios u otros productores que trabajan en pequeñas parcelas y producen para la subsistencia familiar y para el mercado. En México, pertenecen a este grupo todos los ejidatarios, excepto aquéllos con “derechos a salvo” pero sin tierra, y los pocos que integran verdaderos “ejidos colectivos”. Es obvio que no se puede comparar a estos minifundistas con el *Bauer* o con el *paysan* europeos ni

te, mal administrada, sometida a pastoreo excesivo, sin rotación de cultivos, etcétera.

5. Para más detalles véase mi ponencia “The New Plundering of Latin America's Agricultures by the Industrial Nations and their Agribusiness Firms”, presentada en el Seminario de Verano del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 24 de agosto de 1977, y Cynthia Alcántara, *Modernizing Mexican Agriculture*, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), Ginebra, 1976 (próxima edición en español de Siglo XXI Editores, México, con el título *Cambio tecnológico y desigualdad social*).

6. Un profundo y exhaustivo análisis de la cambiante situación de los campesinos puede verse en Andrew Pearse, *The Latin American Peasant*, Londres, 1976. En mi libro *Violencia y despojo del campesino*, Siglo XXI Editores, México, 1972, explico las razones por las cuales incluyo a los minifundistas en el proletariado rural.

2. En el primer caso me refiero a la sobreutilización de la tierra por parte de los minifundistas pobres, obligados a arrancar la subsistencia a sus inadecuadas parcelas, y a los grandes propietarios que expolían el suelo o desperdician el agua de riego para obtener los máximos beneficios en el menor tiempo posible, ejemplos ambos de mala utilización de la tierra. En el caso de la no utilización, me refiero a la tierra que ya está bajo la propiedad o el dominio de los agricultores, y no a tierras vírgenes.

3. Véase el excelente artículo de Solon Barraclough, “Agricultural Development Prospects in Latin America”, en *World Development*, vol. 5, núm. 5-6, Londres, 1977.

4. Nuevamente, no me refiero a la capacidad potencial de las tierras vírgenes, sino a la de las pertenecientes a empresas agrícolas, grandes y pequeñas: tierra que no se utiliza, que se utiliza en forma extensiva cuando podría serlo intensivamente, tierra dedicada a cultivos inadecuados para la ecología, tierra cuyo deterioro se permi-

con el *farmer* estadounidense o australiano. Hay que cuidarse del lenguaje impreciso que se utiliza en los estudios del Banco Mundial, de la Harvard Business School, de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y similares; la experiencia y el enfoque de los autores de tales estudios provienen de (o se dirigen a) las agriculturas de las naciones industrializadas. Cuando estos investigadores se refieren a los pequeños productores de las agriculturas subdesarrolladas, gustan de llamarlos “granjeros” (*farmers*); de ese modo, tratan de dar la impresión de que están muy preocupados por la suerte de los minifundistas, cuando en realidad piensan en los medianos o grandes terratenientes. Los minifundistas constituyen la mayoría de los productores, pero sólo controlan una proporción pequeña, incluso insignificante, de la tierra cultivable. Los trabajadores sin tierra, el proletariado rural en sentido estricto, constituyen una parte importante y creciente de toda la fuerza de trabajo rural. En lo que sigue, analizaremos con mayor detalle cómo la agricultura capitalista moderna, dominada por el extranjero, afecta la subsistencia y la situación de estos dos grupos en América Latina.

## II

En México los científicos sociales se han enzarzado hoy en día en una interesante discusión sobre las condiciones y el futuro de los campesinos. Esta discusión se centra, fundamental aunque quizá no exclusivamente, en uno de los dos grupos que integran el proletariado rural: los minifundistas. Este enfoque no es exclusivo porque es muy difícil limitar el análisis a dicho grupo (como hacen algunos autores) sin considerar también a los trabajadores sin tierra, sea cual sea el lugar que se ocupe en el debate. En grandes líneas, los *campesinistas* mexicanos argumentan que una agricultura capitalista necesita explotar a un sector numeroso de minifundistas, ya sea mediante la apropiación del excedente que se origina en sus parcelas (de su trabajo y de los productos que vende), ya mediante la explotación directa de la mano de obra barata que, por definición, sobra en las parcelas y por tanto está obligada a trabajar en otra parte (en grandes granjas que emplean asalariados, en fábricas que elaboran alimentos o en servicios agrícolas), para hacer una contribución imprescindible al ingreso de subsistencia de los minifundistas. Por lógica, esta posición supone que el excedente generado en el sector minifundista y extraído por la economía capitalista es *cuantitativamente significativo*, y por tanto necesario para la supervivencia de una agricultura capitalista. Así, según esta argumentación, la agricultura capitalista procurará regenerar continuamente al sector minifundista allí donde el proceso de expansión capitalista en la agricultura tienda a eliminarlo. Parecería que la base de este argumento es una interpretación dialéctica del proceso de expansión capitalista. Por un lado, el permanente conflicto de clases rurales entre los monopolistas de la tierra y los campesinos (en sentido estricto) amenaza a estos últimos con el despojo de sus tierras para garantizar la supervivencia y para reforzar la posición monopolística de aquéllos. Por otro lado, los monopolistas procuran reconstituir o regenerar el campesinado, también para garantizar su supervivencia y la lucratividad de sus empresas y del sistema. Como, independientemente del lado que se ocupe en la discusión, todo el mundo tiene

conciencia de que los monopolistas de la tierra poseen el poder económico y político necesario para ocupar las mejores zonas de cultivo, las más fértiles y accesibles (y, en efecto, las ocupan), los campesinistas sostienen que los grandes propietarios y productores sólo están interesados en el control de las partes más selectas; que desean y, lo que es más, están ansiosos por abandonar los recursos más pobres en manos de los minifundistas, dado que ello no les representa prácticamente costo alguno. Por tanto, el proceso de regeneración del campesinado puede ocurrir —y ocurre— en las zonas de cultivo marginales, en las que los campesinos pueden reproducirse como les sea posible y continuar proveyendo el excedente que se les extrae mediante el funcionamiento del sistema capitalista para asegurar la supervivencia y la expansión de éste.

Desde el punto de vista histórico no puede negarse que esta teoría parece atractiva, aunque *la suposición de un excedente significativo extraído a un sector campesino constantemente regenerado se contradice, lógicamente, con la situación de un campesinado establecido en suelos marginales, erosionados, cada vez más pobres, aun cuando fuese muy numeroso e incluso numéricamente creciente*. Hasta hace poco tiempo, el sistema parece haber hecho innumerables esfuerzos, en especial por medio de diversos proyectos gubernamentales, para permitir a algunos minifundistas cierto acceso a algunas tierras nuevas o para proteger la continuación de su subsistencia en las parcelas existentes. Tales proyectos han asumido la forma de apoyos a los precios y a los ingresos; a veces la de subsidios directos; créditos a bajo interés; limitación del tamaño de la propiedad; reforma agraria y legislación sobre arrendamientos; proyectos de colonización y la ocupación voluntaria o dirigida de zonas vírgenes en las que se asientan “colonos”. Aunque es inherente a la naturaleza de la lucha de clases rurales que los campesinos sean los perdedores, y aunque, en el largo plazo, hayan sido decididamente magros los resultados de los esfuerzos del sistema por regenerar su campesinado, puede sostenerse que en el corto plazo, y hasta hace poco tiempo, la suerte de los campesinos pareció menos sombría en algunos años que en otros.<sup>7</sup> En resumen, no puede menos que otorgarse cierta plausibilidad histórica a la teoría de nuestros campesinistas, aunque queda por verse si sigue siendo plausible en la actualidad.

Podría pensarse que, como los campesinistas consideran a la regeneración del campesinado una parte integrante del proceso de expansión capitalista, la teoría, si es coherente, debería aplicarse no solamente a las economías agrícolas capitalistas subdesarrolladas y dependientes, sino también a las naciones industrializadas. En los recientes esfuerzos del Mercado Común Europeo por otorgar costosas ayudas a un sector, constantemente debilitado, de pequeños productores “ineficientes” (sector que en Alemania Occidental, por ejemplo, disminuye a un promedio de sesenta mil familias por año) nuestros campesinistas verían sin duda una prueba de la exactitud de su teoría. Curiosamente, empero, el panorama teórico no parece tan nítido ni tan simple. El problema se complica enormemente porque en algunos de los países más

7. Por ejemplo, durante los pocos años del período de la Alianza para el Progreso pareció ese destino menos sombrío para los campesinos de América Latina.

industrializados (Estados Unidos o Canadá, y algunas de las agriculturas europeas parecen orientarse en la misma dirección) los sectores agrícolas parecen manejarse espléndidamente, hoy en día, sin los pequeños productores “ineficientes” que han sido inexorablemente expulsados por el “funcionamiento del sistema de comercialización” y por el colosal proceso de concentración de la propiedad y de la producción. Por tanto, nuestros campesinistas limitan su argumentación al ámbito de los países subdesarrollados. Rodolfo Stavenhagen, uno de los principales campesinistas de México, hace hincapié en eso cuando dice que “distintas teorías del crecimiento económico prevén la desaparición gradual de las economías campesinas en el mundo. Algunos teóricos y planificadores del desarrollo creen posible transformar las parcelas campesinas tradicionales en granjas o empresas familiares, competitivas y orientadas hacia el mercado, imitando lo que se cree que sucedió en las naciones industrializadas”.<sup>8</sup> Y agrega que “evidentemente, lo que está sucediendo en gran escala en los países subdesarrollados es... una tendencia hacia la polarización económica. Empero, contrariamente a lo predicho, aun cuando este proceso tiene lugar, el campesinado tradicional no desaparece; por el contrario, está aumentando en algunas zonas”.<sup>9</sup>

Volveré sobre esta cita en otro contexto. La conclusión que podríamos extraer, hasta ahora, es que el proceso de expansión capitalista en las agriculturas subdesarrolladas sería diferente del que ocurre en las industrializadas; la carga de la prueba de la veracidad de esta diferencia, poco plausible y poco probable, corre por cuenta de los campesinistas.

No podemos dejar de mencionar aquí que en el planteamiento campesinista hay más elementos que los que aparecen a simple vista. Curiosamente, abarcan un amplio espectro de tendencias políticas y constituyen, por cierto, una alianza extraña. Si nos trasladamos desde el lado del espectro político que acabamos de describir hacia el opuesto, encontraremos que los campesinos se han convertido, repentinamente, en los hijos predilectos de individuos o entidades (“aliados”) quienes querrían, por razones sentimentales, políticas o comerciales, y al menos en el momento actual, si no regenerar, por lo menos “ayudar” a los campesinos para que no se transformen en una carga política debido al persistente y profundo proceso socioeconómico de polarización y pauperización rural (que están obligados a admitir, ya que es tan obvio), para así seguir obteniendo de ellos, quizá, algunas ventajas económicas para el sistema capitalista, en tanto ello sea viable. En realidad, no piensan tanto en el “campesinado tradicional” del tipo al que se refiere Stavenhagen, como precisamente en la pequeña empresa agrícola orientada hacia el mercado e integrada con él.

Entre los aliados de “los pobres rurales”, como gusta llamarlos el Banco Mundial, encontramos precisamente a los principales actores del juego que conduce a la eliminación

del proletariado rural, como las grandes empresas agroindustriales transnacionales, los bancos privados nacionales e internacionales (como Banamex en México<sup>10</sup> y el Chase Manhattan o el Bank of America en Estados Unidos, para mencionar sólo algunos), las instituciones crediticias internacionales como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, y empresas nacionales como Ingenieros Civiles Asociados (ICA), o las grandes fundaciones “filantrópicas”, entre las cuales el conglomerado Ford-Rockefeller-CIMMYT es el más influyente en México, así como diversas organizaciones religiosas. Estos elementos, sin excepción, han colaborado durante muchos años, y especialmente a partir de mediados del decenio de los sesenta, para reforzar el sector latifundista en los países subdesarrollados, México incluido. Han otorgado generosa ayuda a las agroindustrias transnacionales —en especial, aunque no exclusivamente, a las de Estados Unidos: compañías elaboradoras de alimentos, de insumos agrícolas y de servicios— para que pudiesen expandir sus operaciones en América Latina en una escala grandiosa. El poder económico y financiero del conjunto de estas entidades es gigantesco, y no lo es menos su apoyo a los latifundistas y a las empresas agroindustriales. Puede afirmarse, sin exagerar, que constituyen el bloque más poderoso y mejor organizado que se haya enfrentado jamás a los campesinos y a la reforma agraria.

Por ejemplo, el Banco Mundial ha canalizado la mayoría de sus créditos, desde su fundación, hacia la élite terrateniente, ya sea directamente mediante el apoyo a los bienes que producen (por ejemplo, ganado), ya indirectamente, financiando proyectos que benefician casi en exclusiva a los monopolistas de la tierra, como proyectos de irrigación o carreteras; hoy en día continúa haciéndolo, a pesar de que sostenga lo contrario, y sus créditos sirven para intensificar las ventas, las utilidades (y la repatriación de las mismas) de las agroindustrias transnacionales.<sup>11</sup> A los miles de millones de dólares que el Banco Mundial ha invertido en las agriculturas latinoamericanas debe agregarse un monto aproximadamente similar de fondos locales (contraparte) que sirven para “lubricar” los proyectos del Banco Mundial en las localidades. De ese modo, los fondos locales ayudan a reforzar la posición de la élite terrateniente, a incrementar las utilidades de las empresas agrícolas extranjeras y su repatriación y, lo que es más grave, ocupan recursos que no pueden utilizarse para otros programas de mayor “orientación social”, como la creación de empleos y similares. Como los países a los que el Banco Mundial ha prestado la mayoría de sus fondos son precisamente los que tienen un mayor endeudamiento externo, no resulta muy forzado concluir que el Banco ha cumplido (y sigue cumpliendo) su papel para aumentar la dependencia agrícola de América Latina con respecto a los países industrializados. Lo mismo puede decirse con referen-

10. Los bancos privados de México han descubierto hoy en día que prestar a los ejidatarios es un buen negocio carente de riesgos, dado que el Gobierno mexicano (con la ayuda del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo) garantiza los créditos concedidos a productores de bajos ingresos.

11. Para más detalles, véase mi artículo “La pequeña revolución verde de McNamara. El proyecto del Banco Mundial para la eliminación del campesinado del Tercer Mundo”, en *Comercio Exterior*, vol. 26, núm. 7, México, julio de 1976 (publicado en la edición en inglés en agosto de 1976) y su continuación, “Capitalism’s last ditch effort to save underdeveloped agricultures, International Agribusiness, the World Bank and the Rural Poor”, en *Journal of Contemporary Asia*, vol. 7, núm. 1, Estocolmo, 1977.

8. Creo que se trata de una interpretación errónea. Lo que ocurrió en Estados Unidos, por ejemplo, fue precisamente la desaparición gradual de la tradicional granja familiar y su sustitución por granjas enormes, sociedades anónimas y empresas agroindustriales.

9. “Revival of the Peasant Economy”, en el artículo de Stavenhagen “Basic Needs, Peasants and the Strategy for Rural Development”, en Marc Nerfin (ed.), *Another Development, Approaches and Strategies*, Fundación Dag Hammarskjöld, Uppsala, 1977.

cia a las actividades del Banco y el empeoramiento de la estabilidad económica y social de los sectores rurales subdesarrollados.

El conglomerado Ford-Rockefeller-CIMMYT no aparece bajo una luz más favorable. Sus actividades (alguna de las cuales, digamos de paso, son financiadas parcialmente por el Banco Mundial), se llevan a cabo en un nivel diferente. La Fundación Rockefeller se ocupa, entre otras cosas, en conformar la investigación, la educación y la "extensión" agrícola, así como planes y programas de desarrollo agrícola general, de manera tal que beneficien tanto a las empresas agrícolas estadounidenses como a un puñado de "subdesarrollados" monopolistas locales de la tierra. En Chapingo, México, por ejemplo, que es el mayor centro de educación e investigación agrícola del país, la Fundación Rockefeller utiliza varios mecanismos para adaptar la educación y la investigación agrícola a los intereses de Estados Unidos. Se informa que hoy en día 90% del personal de alto nivel de administración, docencia e investigación en agronomía y en economía es egresado de universidades estadounidenses con becas de las fundaciones; por la pura lógica de las cosas, su trabajo corresponde más a los intereses de ese país que a los mexicanos. Las fundaciones también financian o apoyan proyectos específicos de investigación con el mismo objetivo, y en algunos casos pagan o pagaron sobresueldos a investigadores mexicanos, quienes de ese modo están realmente a sueldo de ellas. Estas prácticas socavan con eficacia la capacidad de México de emprender investigaciones independientes enfocadas hacia los problemas nacionales más urgentes.<sup>12</sup> Empero, como en el caso del Banco Mundial, la mayoría de esas actividades no son bien conocidas por el público o, cuando lo son, no se admite con placer su existencia.

La creciente pauperización de la población rural de América Latina y de otras partes no se les escapa a estos pilares del sistema capitalista. Ya sea por el remordimiento de haber colaborado en el aumento inconmensurable de la brecha de ingreso y riqueza en las agriculturas subdesarrolladas, ya porque hubieran tomado conciencia de la desmesurada propagación de los problemas que genera el sistema, que muy pronto podría volverse completamente incontrolable, hoy en día algunos de los pilares sostienen la necesidad de realizar *operaciones de rescate* en beneficio de los minifundistas. Entre éstas se encuentra el proyecto de McNamara, al que tanta publicidad se le ha hecho, de ofrecer créditos a 100 millones de minifundistas en todo el Tercer Mundo, para "modernizar" sus pequeñas granjas y convertirlos en "empresarios comerciales" en sus parcelas de tamaño inadecuado; México es uno de los principales beneficiarios de este proyecto antisocial que ya he analizado críticamente en esta misma publicación.<sup>13</sup> Lo que importa a nuestro análisis es que

12. En mi libro *El imperialismo fresco*, Editorial Campesina, México, 1977, analizo algunos entretelones de la investigación agrícola en México. Debe agregarse que la Fundación observa con mucha atención las discusiones intelectuales sobre los problemas agrícolas y agrarios de México, a menudo con el propósito de "mantenerlas en línea".

13. Véase la nota 11. El proyecto del Banco Mundial no cuenta con la aprobación unánime de todos los círculos comerciales y financieros. Algunos de éstos han criticado a McNamara por desperdiciar los recursos del Banco en favor de los pobres, sosteniendo que es mejor dejar que se las arreglen como puedan.

mediante dicha operación de rescate, estos "aliados" de los campesinos se han unido claramente a las filas de los campesinistas, lo cual seguramente abrirá los ojos de algunos de éstos.

No hay duda de que esta estrategia también tiene motivaciones políticas. El sector minifundista, en especial la parte compuesta por pequeños propietarios o por "arrendatarios" cuyos derechos al uso de la tierra son casi permanentes, como sucede en México con los ejidatarios, constituye un apoyo lógico y (para usar términos militares) logístico para la empresa privada y el sistema de propiedad, ya que la experiencia indica que normalmente es un grupo estable y conservador desde el punto de vista político (por lo menos eso es lo que se espera). Se piensa que su papel consiste en equilibrar los conflictos de clase entre la burguesía y el proletariado urbano, para utilizar la reciente formulación de Roger Bartra,<sup>14</sup> aunque me apresuro a aclarar que este autor no pertenece, en modo alguno, al grupo que estamos analizando. Es evidente que el sistema capitalista emprende la llamada reforma agraria y todos los otros proyectos de regeneración o rescate de los campesinos a que me he referido, precisamente para su propia protección y los elabora conscientemente para preservar y reforzar un grupo más o menos estable, aunque en última instancia no resulten más que parches con efectos de corta vida para pacificar un campesinado cuya inquietud, real o potencial, generada por el ataque sistemático a sus medios de vida, puede ser amortiguada con relativa facilidad, como parece indicarlo a veces la experiencia histórica.

La importancia del argumento político es evidente y uno se siente tentado a otorgarle tanto peso como al argumento económico del excedente, si no más, si no fuese porque la justificación económica y la política van de la mano, según toda lógica, en cuanto se refiere a la existencia y la regeneración de un sector minifundista en el seno de una agricultura capitalista. Si la burguesía necesita a los campesinos como un amortiguador político, encontrará los medios económicos para preservarlos y regenerarlos, dando así una base económica a esta "alianza", y viceversa. Pero si, como sostiene Bartra, por ejemplo, para el caso de México, el sistema capitalista moderno dominado por el capital monopolístico nacional y especialmente el extranjero, ya sea privado o estatal, puede prescindir de la alianza política, no emprenderá ningún esfuerzo económico serio para contrarrestar el proceso natural de erosión del campesinado, que es parte integrante del funcionamiento de la agricultura capitalista, como lo admitiría cualquier campesinista. Y, aquí también, viceversa.

En el otro lado de la mesa de debates se encuentran los *descampesinistas*. Sostienen que los minifundistas están en vías de desaparición y que la eliminación o la extinción de los campesinos por parte del capitalismo supone su transformación en asalariados sin tierra, es decir, en un proletariado rural en sentido estricto;<sup>15</sup> por ello, también puede decirse que los descampesinistas pertenecen a la escuela de los

14. "¿Y si los campesinos se extinguen?", en *Historia y Sociedad*, núm. 8, México, 1976.

15. Por supuesto, una parte de esta fuerza de trabajo rural emigra a las ciudades.

*proletaristas*.<sup>16</sup> Por razones que más adelante analizaré con detalle, mi propia interpretación del proceso de expansión capitalista en las agriculturas subdesarrolladas me coloca claramente en las filas de los descampesinistas,<sup>17</sup> aunque quizá no en las de los proletaristas, porque he elaborado una opinión más sombría sobre el destino de la fuerza de trabajo rural. Es posible que los procesos que ocurren en las agriculturas latinoamericanas bajo nuestras propias narices resulten en la eliminación, gradual pero rápida, de *todo* el proletariado rural (en sentido amplio) y que su sobrevivencia (aun en el sentido físico) le resulte indiferente a la burguesía nacional y extranjera, enfrentada como está con un problema económico y social en el campo que, como el aprendiz de brujo, sabe generar pero no es capaz de dominar y que, en consecuencia, le parece (y es) totalmente insoluble. Este hecho le otorga una cualidad especialmente brutal a la presente fase de expansión capitalista.

Empero, antes de entrar en un breve análisis de estas tendencias malignas, quisiera examinar una vez más, sucintamente, las consecuencias de los argumentos campesinistas, debido a sus connotaciones políticas y de política económica y social.

### III

Los campesinistas presentan una muy amplia variedad de puntos de vista políticos. Lo que parecen tener en común (o, mejor, lo que parece que deberían tener en común) es no sólo la convicción de que el sistema necesita al sector minifundista, sino también la de que las medidas económicas y políticas para preservarlo o aumentarlo son necesarias y eficaces y, por tanto, coherentes con la expansión capitalista en la agricultura. En el trabajo citado de Stavenhagen encontramos una defensa interesante, aunque no convincente, de la restauración de la economía campesina, cuando afirma que el campesinado tradicional “está aumentando en *algunas zonas*”; su tesis fundamental es que la economía campesina desempeña un papel dual en los países subdesarrollados:

“Por un lado, por pequeña e ineficiente que sea la parcela del campesino, sirve para mantenerlo en la tierra, aliviando así la presión sobre la economía no agrícola en una situación de excedente de mano de obra. La economía campesina puede reproducir la fuerza de trabajo a un costo mucho menor para la economía en su conjunto que otros sectores. Por tanto, al sector moderno o capitalista le interesa mantener e, incluso, recrear en cierta medida la economía campesina, en tanto permanezca subordinada a las necesidades del sector moderno. Por otro lado, significa un salvavidas para millones de trabajadores subempleados que de otro modo morirían de hambre (como en efecto les sucede a muchos en África y Asia) y que generarían una enorme presión sobre el sistema social y político.”<sup>18</sup>

Ahora bien, en el mejor de los casos, las pruebas del aumento del campesinado en América Latina son contradictorias y tenues, debido en parte a la poca confiabilidad, cada vez menor, de las estadísticas sociales que he comentado en una llamada anterior; aun cuando fuesen correctas, no podrían servir, en mi opinión, para sostener la tesis de la recreación o la restauración del campesinado. No hay duda de que Stavenhagen tiene razón cuando matiza su afirmación en el sentido de que puede haber variaciones según las zonas geográficas. Surge entonces la pregunta: ¿qué determina esas variaciones? Mi propia visión de la situación de América Latina me conduce a creer que en aquellas zonas en donde la agricultura capitalista (bajo la supervisión y el control extranjeros) ha avanzado más, el campesinado no habría crecido sino, por el contrario, habría disminuido numéricamente y quizá en magnitudes importantes. En otras áreas, menos penetradas por el capital y la tecnología extranjeros, puede haberse estancado o aumentado. Como veremos más adelante, esta hipótesis no deja de ser realista. México puede ser un ejemplo interesante. De acuerdo con los cálculos de una socióloga alemana,<sup>19</sup> los cambios en la estructura de la fuerza de trabajo rural de 1950 a 1970, según los censos de población, fueron los siguientes:

Fuerza de trabajo rural (en millones)	1950	1960	1970	Variación % 1970/1960
Total	4.8	6.1	5.1	- 16.4
Sin tierra	2.1	3.3	3.0	- 9.1
Ejidatarios	1.4	1.5	0.8	- 46.7
Productores (excluidos los ejidatarios)	1.4	1.3	1.3	-

Estas cifras revelan la devastación social y económica de una agricultura que se está “modernizando” y cuyos sectores más importantes están bajo el dominio del capital, la tecnología y la administración extranjeros. El lector con inclinaciones matemáticas puede predecir con facilidad dentro de cuántos decenios desaparecerá de la escena agrícola el sector campesino más importante de México, los ejidatarios, si se permite que continúen las tendencias actuales.

Los censos de otros países de América Latina pueden mostrar un aumento en el número de campesinos. Empero, lejos de demostrar una restauración del sector campesino, muestran, en mi opinión, su rápida y sistemática estrangulación, porque la cantidad de pequeñas propiedades aumenta, en tanto que la superficie total que ocupan sólo aumenta en forma insignificante o no crece.<sup>20</sup> Muchas más familias ocupan ahora prácticamente la misma superficie de tierra cultivable que antes: *la pequeña dotación de tierra, que antes era el “salvavidas” del minifundista latinoamericano, se está convirtiendo en su tumba.*

19. Renate Rott, *Strukturelle Heterogenitaet und Modernisierung*, Freie Universitaet, Berlín, 1977 (en prensa).

20. En *Violencia y despojo del campesino*, op. cit., he analizado la cambiante estructura de la fuerza de trabajo rural en los últimos decenios en Brasil y Guatemala.

16. Véase, por ejemplo, Sergio de la Peña, “De cómo desaparecen las clases campesina y rentista en el capitalismo” (manuscrito inédito).

17. Para una descripción del proceso actual de “descampesinización”, véase *El imperialismo fresa*, op. cit.

18. Rodolfo Stavenhagen, op. cit., p. 55.

No es posible cerrar los ojos ante esta dura realidad.

En apoyo de la teoría de regeneración del campesinado, los campesinistas solicitan o apoyan diversas medidas y estrategias políticas que servirían, según la terminología del Banco Mundial; para "ayudar a los minifundistas."

Aquí aparece a plena luz la extraña combinación de científicos sociales y dirigentes políticos y financieros con puntos de vista totalmente opuestos. Lo quieran o no, es posible que los campesinistas convaliden medidas ostensiblemente dirigidas a la recreación del sector campesino, pero que, en las condiciones bajo las cuales se llevan a cabo (es decir, en el seno del sistema capitalista) operan en realidad vigorosamente en su contra; este hecho puede colocar a por lo menos algunos campesinistas ante una desagradable disyuntiva intelectual. Lo desagradable radica, obviamente, en que deben convalidar tales medidas sabiendo muy bien que no lograrán sus objetivos, sobre la base —sin duda encomiable— de que es mejor aliviar las condiciones de vida y de trabajo de algunos beneficiarios afortunados, que no hacer nada en absoluto y esperar una solución más radical que podría no alcanzarse en un futuro previsible, argumento con el cual es difícil discrepar en términos puramente humanitarios.

Limitémonos a las propuestas más serias e importantes. Ignoremos sugerencias tan estrafalarias como las que a veces aparecen en la prensa, como por ejemplo: "cuando [Jean] Meyer apunta como solución [de la problemática agraria] la empresa familiar en el campo, señala que la inversión más importante es el hombre, con su trabajo";<sup>21</sup> o la posición aparentemente contradictoria de que "para fortalecer el aparato productivo del sector agropecuario debe ser democratizado", pero "para crear un empleo en el campo se requiere de una inversión de 500 000 pesos",<sup>22</sup> en la cual la primera parte de la afirmación resulta anulada por la segunda; o la vaga recomendación, que adopta la forma de una provocación intelectual, de que en México es necesario "'campesinizar' la Alianza Popular para la Producción",<sup>23</sup> una frase que parece izquierdista pero que tiene un contenido conservador, que se basa en la afirmación muy difundida en toda América Latina, de que sería posible sobreponerse a la creciente lucha de clases si todos cooperasen en un esfuerzo conjunto para aumentar la producción. Empero, en esa postura se evita cuidadosamente toda referencia a los destinatarios de los beneficios generados por la mayor producción.

Si nos limitamos, como decía, a las proposiciones más serias, vemos que giran alrededor de lo siguiente: un mayor apoyo a las cooperativas o "colectivos"; la organización de industrias campesinas; una mejor organización de los campesinos y los asalariados rurales; sistemas de crédito más

amplios para los productores de bajos ingresos, según las líneas sugeridas por el Banco Mundial y por otros pilares del sistema capitalista, y proyectos dirigidos a "aumentar la producción", lisa y llanamente, tales como la Alianza para la Producción de México. En las condiciones actuales, ninguna de estas recomendaciones llega al meollo de los problemas rurales, cada vez más serios: desocupación, pobreza, desigual distribución de la riqueza y el ingreso, insuficiente producción de alimentos para el consumo interno, etc. La única solución viable en la actualidad es una reforma agraria radical, según lineamientos socialistas, en el seno de una economía planificada, que elimine de raíz estos problemas, pero cuya realización en la actualidad es por lo menos dudosa, para decirlo suavemente. Así, para algunos campesinistas, las propuestas de ayuda son una expresión de frustración, de igual manera que para otros son fuente de exaltación.

Revisemos brevemente algunas de estas propuestas, sin olvidar las condiciones mexicanas, en las cuales las instituciones económicas, sociales y políticas se orientan principalmente a apoyar y reforzar a los grandes productores comerciales, los distritos de riego en que predominan los neolatifundios, el poderoso sector latifundista ganadero y las grandes industrias y servicios vinculados con la agricultura, la mayor parte de los cuales pertenecen o están controlados por inversionistas extranjeros cuyo objetivo favorito es desplazar o desalojar a los minifundistas de su tierra. Es extraño que precisamente en México se renueven en la actualidad los llamados en favor de más cooperativas y "ejidos colectivos",<sup>24</sup> en contradicción con la experiencia histórica mexicana y de otras partes, como lo demuestra una literatura impresionante: desde el clásico libro de Eckstein, pasando por los estudios mundiales emprendidos por Orlando Fals-Borda para las Naciones Unidas, hasta las investigaciones recientes como la de Ursula Ostwald en México.<sup>25</sup>

Fals-Borda llegó a la conclusión de que en todo el mundo "las cooperativas rurales en las zonas en desarrollo ocasionan hoy en día pocos beneficios a las masas de los habitantes más pobres de dichas zonas, y en general no se las puede considerar como agentes de cambio y desarrollo para tales grupos".<sup>26</sup>

Afirmación que, por cierto, está muy lejos de la reciente de un autor mexicano, aparentemente desorientado, quien escribió: "parece ser que hay una sola salida: el trabajo cooperativo enmarcado en un sistema de organización cooperativista que cuente con la participación directa o la ayuda del Estado".<sup>27</sup>

24. Como lo demuestran varios informes de la FAO, no tuvo éxito alguno la amplia búsqueda de "nuevas formas de tenencia de la tierra" en América Latina, esfuerzo realizado alrededor de 1970 y que incluía a las cooperativas y los "colectivos".

25. Véase S. Eckstein, *El ejido colectivo en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966; las series de la UNRISD, Ginebra, en especial *Estudios de la realidad campesina: cooperación y cambio*, 1970, y Ursula Ostwald, "Dependencia y desintegración del campesinado a través del cooperativismo", en *Naxí-nantá*, COPIDER, núm. 3, México, mayo de 1977, pp. 2 y ss.

26. UNRISD, *Rural cooperatives as agents of change*, Ginebra, 1975.

27. Jorge Aymamí, "Una sola salida a la cuestión agraria: la cooperativista", en *El Día*, México, 20 de septiembre de 1977.

21. De una entrevista con Jean Meyer, autor de *La Cristiada*, Siglo XXI Editores, México, 1974, publicada en *Proceso*, México, 15 de agosto de 1977.

22. Declaraciones de Lorenzo Martínez Medina, Presidente de la Sociedad Agronómica Mexicana, citadas por *Excelsior*, México, 12 de septiembre de 1977.

23. Gustavo Esteva, "Una opción campesina para el desarrollo nacional", en *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 5, México, mayo de 1977, pp. 573 y ss., y opiniones similares de Jorge Rojo Lugo, secretario de la Reforma Agraria, citadas por *Excelsior*, México, 20 de septiembre de 1977.

¿Por qué las cooperativas no pueden tener éxito en una agricultura capitalista dependiente? Si entendemos por cooperativas rurales las organizaciones de productores agrícolas que actúan, como empresarios individuales o de manera conjunta, para cultivar o comercializar (o ambas cosas a la vez) su producción, o para asegurar el abastecimiento de sus insumos o la satisfacción de sus necesidades básicas, y en las cuales se permite a sus miembros participar en igualdad de condiciones en su funcionamiento y dirección, y ellos en realidad lo hacen, independientemente de que el Estado participe o no, entonces una organización tal es un elemento subversivo en una sociedad agrícola dominada y manejada por un puñado de ricos terratenientes y poderosas empresas agroindustriales, una sociedad autocrática en la cual los pequeños productores y quienes carecen de tierra no tienen voz en el proceso de adopción de decisiones. En realidad, *cualquier* organización de pequeños productores y de trabajadores es “una espina en la carne” de esta sociedad; como todos sabemos, la élite terrateniente, en cooperación con sus aliados urbanos, reserva sistemáticamente sus medidas más extremas para la prevención o la eliminación de estas organizaciones, y el capital monopolista considera la sola existencia de las cooperativas como una amenaza socialista a la empresa privada. Es por eso que encontramos rasgos característicos de ineficacia en toda clase de cooperativas, tales como los siguientes (lo cual no significa que no haya algunos ejemplos aislados de cooperativas venturosas):

1) Cooperativas de minifundistas tan pequeñas que son incapaces de financiar sus operaciones corrientes; que no son consideradas como sujetos de crédito por los prestamistas o que cuando llegan a emprestar de alguna institución crediticia pública, dependen de las decisiones de ella con respecto a qué cultivar, qué insumos comprar y dónde hacerlo, cuándo y dónde comercializar su producción y cómo distribuir las eventuales utilidades. En general, esta observación se aplica en México a los ejidos colectivos, así como a todos los casos en los cuales el Estado intenta participar en la constitución o el funcionamiento de las cooperativas.

2) La incapacidad de varias cooperativas de unificarse en organizaciones más grandes, en escala comunitaria, o la prohibición de hacerlo para mantener su debilidad.

3) La dependencia de las cooperativas de los canales privados de comercialización, o la feroz competencia que los mismos canales estimulan para debilitarlas.

4) La presencia de grandes productores que utilizan la cooperativa (y la producción de sus miembros más pequeños) en su propio beneficio, de modo que, en la práctica, la organización se convierte en un reflejo de la estructura prevaleciente en la sociedad rural en la cual opera.

5) La corrupción de los administradores, a menudo ocasionada por los comerciantes privados.

6) La ausencia de fuertes organizaciones regionales (federaciones) capaces de apoyar a las cooperativas miembros.

7) La ausencia de bancos estatales que otorguen crédito y asistencia técnica a las cooperativas establecidas.

En conclusión, los movimientos cooperativos en América Latina han sido un fracaso evidente; puede afirmarse sin exagerar que en México y en el resto de América Latina su deterioro es tal que resulta prácticamente irrecuperable. Las cooperativas han sido prostituidas y funcionan como otro mecanismo de explotación para empobrecer a los campesinos y expulsarlos de la tierra; cuando el Estado “participa directamente” en su organización y funcionamiento, a menudo se han convertido en mecanismos de control económico, social y político de la fuerza de trabajo rural.<sup>28</sup> Me pregunto, entonces, ¿por qué apoyar la creación de más cooperativas o ejidos colectivos en México?

Todavía menos realista es la propuesta, muy discutida recientemente, de establecer industrias campesinas para ayudar a la tambaleante economía campesina. No es realista porque no toma en cuenta las condiciones en que opera, en la actualidad, la agricultura mexicana. En mi opinión, hay dos posibilidades:

a) La primera descansaría en el financiamiento exclusivo por parte de los campesinos y cada productor compraría una o más acciones de la empresa sin recurrir al crédito privado o público. Si esto fuese posible, esa organización, como empresa campesina, estaría condenada desde sus inicios. Si en ella participasen sólo minifundistas, sus contribuciones financieras serían muy pequeñas, dado que los campesinos prácticamente no tienen ahorros; la viabilidad de tal empresa sería casi nula, especialmente si tuviese que competir con las grandes agroindustrias transnacionales que en México están en casi todas partes. Si participasen al mismo tiempo grandes y pequeños productores, la industria campesina se convertiría rápidamente en una empresa controlada por la élite terrateniente y sus operaciones redundarían en perjuicio de los minifundistas.

b) La segunda posibilidad sería que la industria se apoyase en el crédito privado o público, en cuyo caso dejaría de ser una “industria campesina”, porque en las condiciones actuales de México, el control de la organización (funcionamiento, administración y distribución de utilidades) está casi totalmente en manos del prestamista.<sup>29</sup>

Por todo eso no considero que estas empresas constituyan una posibilidad adecuada para mejorar la situación de los campesinos en las actuales condiciones.<sup>30</sup>

En la segunda parte de este artículo analizaré con más detalle las razones por las cuales las proposiciones expuestas, y otras similares, no ofrecen opciones adecuadas para salvar al proletariado rural de una destrucción inevitable ocasionada por el proceso de expansión capitalista, de acuerdo con las formas que ha adoptado en los últimos años.□

28. Lo mismo ocurrió en Perú después de la reforma agraria de 1969.

29. En *El imperialismo fresa*, op. cit., aparece un interesante estudio de caso que se refiere a la planta frigorífica del ejido Venustiano Carranza, cerca de Zamora, Michoacán.

30. En *Proceso*, México, 26 de septiembre de 1977, aparecen algunas estadísticas sobre industrialización rural. Ifigenia M. de Navarrete atribuye el fracaso de la industrialización a la falta de planificación. Es un error. La causa radica en la hostilidad del sector privado hacia las empresas administradas por los campesinos o por el Estado.